

Encuentro número 1

J. G. H. TESTIGO DE FE:
AFRONTÓ LOS DESAFÍOS DE SU TIEMPO

HAZ
EL
BIEN



J. G. H. TESTIGO DE FE: AFRONTÓ LOS DESAFÍOS DE SU TIEMPO

Dios ha hecho todas las cosas apropiadas a su tiempo; también ha puesto el mundo en sus corazones, sin que el hombre llegue a descubrir la obra que Dios ha hecho de principio a fin.
(Eclesiastés, 3,11)

Lo que ahora vivimos hunde sus raíces en comportamientos colectivos que afloran de diverso modo a través del tiempo, y son los que configuran la identidad de un pueblo, de una sociedad.
(Cardenal Omella)

Ambientación

En una mesita en el centro se coloca una imagen de J. G. H., unas cajitas de medicamentos o un frasquito de remedios, un vaso pequeño con agua, un récipe médico, una imagen del Sagrado Corazón de Jesús y una vela encendida. Música: un vals o alguna tonada andina o llanera.

Oración inicial

Oración consagratória de José Gregorio Hernández al Corazón de Jesús:

Bendice, pues, a los presentes; bendice también a los que, por voluntad del Cielo, nos arrebató la muerte; bendice, Jesús, a los ausentes; establece en esta tu casa, te lo suplicamos por amor a la Virgen María, establece aquí, ¡oh Corazón amante!, el dominio de tu caridad; infunde en todos sus miembros tu espíritu de fe, de santidad y de pureza: arrebatá para Ti solo estas almas.

Sagrado Corazón de Jesús/ en vos confío
Santa María/ ruega por nosotros
José Gregorio Hernández/ ruega por nosotros

Contemplemos la vida de J. G. H.

José Gregorio Hernández es hijo de su tiempo. Una Venezuela pobre, incomunicada, con muy pocos recursos de servicios públicos, sin escuelas, sometida a guerras intestinas y con una pobreza de casi todo. La Iglesia se encontraba desmantelada jerárquicamente, sobre todo, en los años de su infancia y juventud. La fe la mantenían las familias y las cofradías en las parroquias.



La gran riqueza era la familia como espacio de ternura, de sacrificio, de trabajo, de oración, de fiesta con los vecinos, en la que las celebraciones religiosas eran la principal atracción a lo largo del año. J. G. H. tuvo la suerte de recibir de sus padres y del entorno familiar formado por los obreros del campo y del servicio doméstico, una vivencia de fraternidad, de cuentos, de narraciones, en los que los ratos de oración vespertina o nocturna eran una escuela de vida. Tuvo la dicha de tener maestros en su pequeño pueblo con los que aprendió las primeras letras y la afición por superarse por las lecturas que le abrían un horizonte de ensueños.

Tanto sus padres como él vieron que para echar adelante tenía que ir a Caracas, a la capital, a formarse mejor para ser hombre útil y servicial. Le costó abandonar el hogar de su querencia. Su mamá le inculcó que estaba bien que se fuera, pero para volver y dar a su terruño lo que adquiriera en los estudios.

En los Andes la vivencia religiosa cristiana estaba muy acendrada. No sintió nunca vergüenza de aquellas tradiciones, y al llegar a la ciudad, pequeña pero mucho más grande que su pueblo, no abandonó los hábitos, valores y virtudes que le inculcaron en el hogar. No se acomplejó y más bien sobresalió en los estudios tanto en el colegio como en la universidad, con altas notas porque tenía la ilusión de prepararse bien para servir al prójimo. Escogió la medicina por influencia de su papá, pues inicialmente quería estudiar otra cosa. La pobreza que palpó en su tierra natal, la vio –y tal vez mayor– en la ciudad, y desde la medicina descubrió que la salud debe ser integral para que permita tener una vida fecunda para sí y para los demás.

Conoció las carencias de su tiempo y pensó, junto a otros compañeros, que algo se podía y debía hacer para superar tanto atraso. Por ello, al recibir la beca para perfeccionar sus conocimientos médicos en París, no se deslumbró en aquella ciudad hermosa y bulliciosa, incomparable con los pequeños pueblos de nuestra geografía. Se dedicó por completo a prepararse mejor, con la convicción de traer a Venezuela los adelantos de la ciencia médica y así fue. A pesar de las ofertas para una vida cómoda y placentera en Europa, su amor a Venezuela y a su gente lo hizo volver sin nostalgias. Más bien, asumió el reto de mejorar e innovar las prácticas médicas y sanitarias que aprendió en los países en los que residió durante su permanencia en el viejo continente.

Siempre tuvo una inquietud por su vocación y vivió una lucha interior entre hacerse sacerdote o monje, o dedicarse a la medicina como remedio, tanto para él como para la gente. Buenos consejeros le hicieron ver que, en la docencia y en el ejercicio de la medicina, podía encontrar la mejor manera de servir a los demás.

Su talante personal lo hizo compartir con sus colegas, sin importarle que pensarán distinto. Por el contrario, las discusiones y divergencias los unieron para llegar a ser pioneros en la modernización de la salud en el país. Sin dedicarse a la política de forma directa, él y sus colegas eran conscientes de los atrasos y las rémoras en una dictadura férrea como la gomecista. Sin embargo, al aparecer la pandemia llamada “gripe española”, en 1918, que produjo muchos infectados y víctimas, se dedicaron en cuerpo y alma a poner en marcha los conocimientos adquiridos y a denunciar con firmeza y prudencia las fallas de una política sanitaria casi inexistente.

Los desafíos de su tiempo fueron inmensos, así como lo son las carencias de la Venezuela de hoy. J. G. H. no es un simple símbolo de la Venezuela atrasada de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Asimismo, puede ser la mejor proyección para los retos y desafíos de la Venezuela del siglo XXI.

Le toca vivir a nivel eclesiástico la restauración de la Iglesia y su vocación sacerdotal surge en este contexto. Sin embargo, es capaz, guiado por los sabios consejos del entonces arzobispo de Caracas Mons. Juan B. Castro, de hacer de la docencia y ejercicio de la medicina su sacerdocio.

J. G. H. es la personificación del venezolano venido de menos a más. Su origen interiorano, el entorno familiar y social que le dio un instrumental de valores humanos y cristianos, su superación académica que lo hizo sobresalir en las aulas universitarias de Caracas, París, Berlín y Madrid, para convertirlo en uno de los pioneros de la ciencia médica moderna en nuestra patria, en una época de enormes carencias. Todo esto es signo de posibilidades y logros. No fue un cometa o estrella solitaria, pues junto a él sobresalieron eminentes galenos que echaron las bases de la moderna medicina en Venezuela.

A ello hay que sumar la calidad espiritual y cristiana de un hombre que hizo de su profesión un apostolado, un servicio desinteresado al enfermo y al desposeído. Todo ello sin aspavientos, ni búsqueda de sobresalir, o de honores fatuos. El mejor termómetro de su popularidad, mejor, de su identificación con la población en general, fue la conducción a su última morada. Fue, en su momento, la manifestación popular masiva jamás vista en la capital de los techos rojos.

Conversemos sobre la vida de J. G. H.

- Reconstruyamos entre todos el relato que leímos acerca del doctor J. G. H. Echamos el cuento con nuestras propias palabras. ¿Qué hechos resaltamos que nos hayan llamado más la atención?
- ¿Qué virtudes y valores logramos percibir en su vida y actuación?

Miremos nuestra realidad

La Venezuela de hoy vive apagada, sin electricidad. Se encuentra sedienta, sin agua potable corriente. Desnutrida, sin acceso a una alimentación digna. Desescolarizada, muchos niños y adolescentes han sido excluidos del sistema escolar. El dinero no alcanza por la hiperinflación de los precios en los productos. Más de 5 millones de personas han emigrado en los últimos cuatro años para otros países vecinos. Pero, en medio de toda esta situación muchas personas, entre ellos educadores, médicos, enfermeras, productores, siguen apostando al país. La Iglesia católica, y también las iglesias evangélicas, buscan responder desde su fe ante los desafíos que la situación presenta.

- ¿Qué pensamos de esta realidad que se nos presenta?
- ¿Qué coincidencias y divergencias encontramos entre lo que vivió J. G. H. y lo que vivimos hoy? ¿Cómo actuaría J. G. H. hoy ante la situación que vivimos los venezolanos? ¿Qué diría? ¿Qué acciones realizaría? ¿A que nos invitaría?

La Palabra de Dios es lámpara para nuestros pasos

Mateo 10, 26-33: “No tengan miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Teman más bien a quien puede arrojar al lugar de castigo el alma y el cuerpo”.

- Conversemos y reconstruyamos entre todos el pasaje del Evangelio. ¿Cómo nos imaginamos el encuentro con Jesús en este pasaje?
- Contemplando esta escena ¿en qué medida podemos decir que J. G. H. acogió este pasaje del evangelio?
- Al escuchar la proclamación del evangelio y la dedicación de J. G. H. estamos dispuestos a repetir en pleno día lo que nos dijo el Señor de noche, ¿qué nos toca decir y hacer a nosotros hoy como Iglesia ante la situación que vivimos?

Momento celebrativo

Se hace silencio y se pone música de fondo. Después de un rato de silencio, cada uno toma un objeto de los que están en la mesita y dice una palabra que explique su relación con J. G. H. y su misión. Al final, se reza el Padre Nuestro como señal de fraternidad y paz, y el animador del encuentro rocía con agua bendita a los participantes.

Sagrado Corazón de Jesús/ en vos confío
Santa María/ ruega por nosotros
José Gregorio Hernández/ ruega por nosotros

Compartir la mesa

José Gregorio Hernández acostumbraba merendar con una taza de chocolate y una acemita con queso de año. Hoy, está merienda no está al alcance de muchas de nuestras familias, pero lo importante es que podamos, al final de cada encuentro, compartir la mesa con lo que buenamente tengamos en casa. Compartir la mesa en familia en nombre de Dios obra milagros en nosotros. Este espacio debe ser ameno, con música venezolana de distintas regiones de Venezuela de fondo. Que sea un encuentro agradable, donde se exprese lo más genuino de nuestra venezolanidad.

